

VOLVER A CREER

Gentileza Editorial El Ateneo. Por favor, no compartir.

Volver a creer

© Pablo Savoia, 2026

Derechos exclusivos mundiales de edición en todas las lenguas

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2026

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54 11) 4943-8200

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

Dirección editorial: Marcela Luza

Gerencia editorial: Marina von der Pahlen

Edición: Camila D'Angelo

Edición interna: Juliana Palermo

Producción: Pablo Gauna

Coordinación de diseño: Marianela Acuña

Diseño de interior: Claudia Solari

Ilustración de tapa: Josefina Jolly

1ª edición: agosto 2026

ISBN 978-950-02-1807-8

Impreso en Printing Books,
Mario Bravo 835, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires,
en agosto de 2026.

Tirada: 4000 ejemplares

Libro de edición argentina.

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.

Savoia, Pablo

Volver a creer / Pablo Savoia. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires:
El Ateneo, 2026.

192 p. ; 22 x 16 cm.

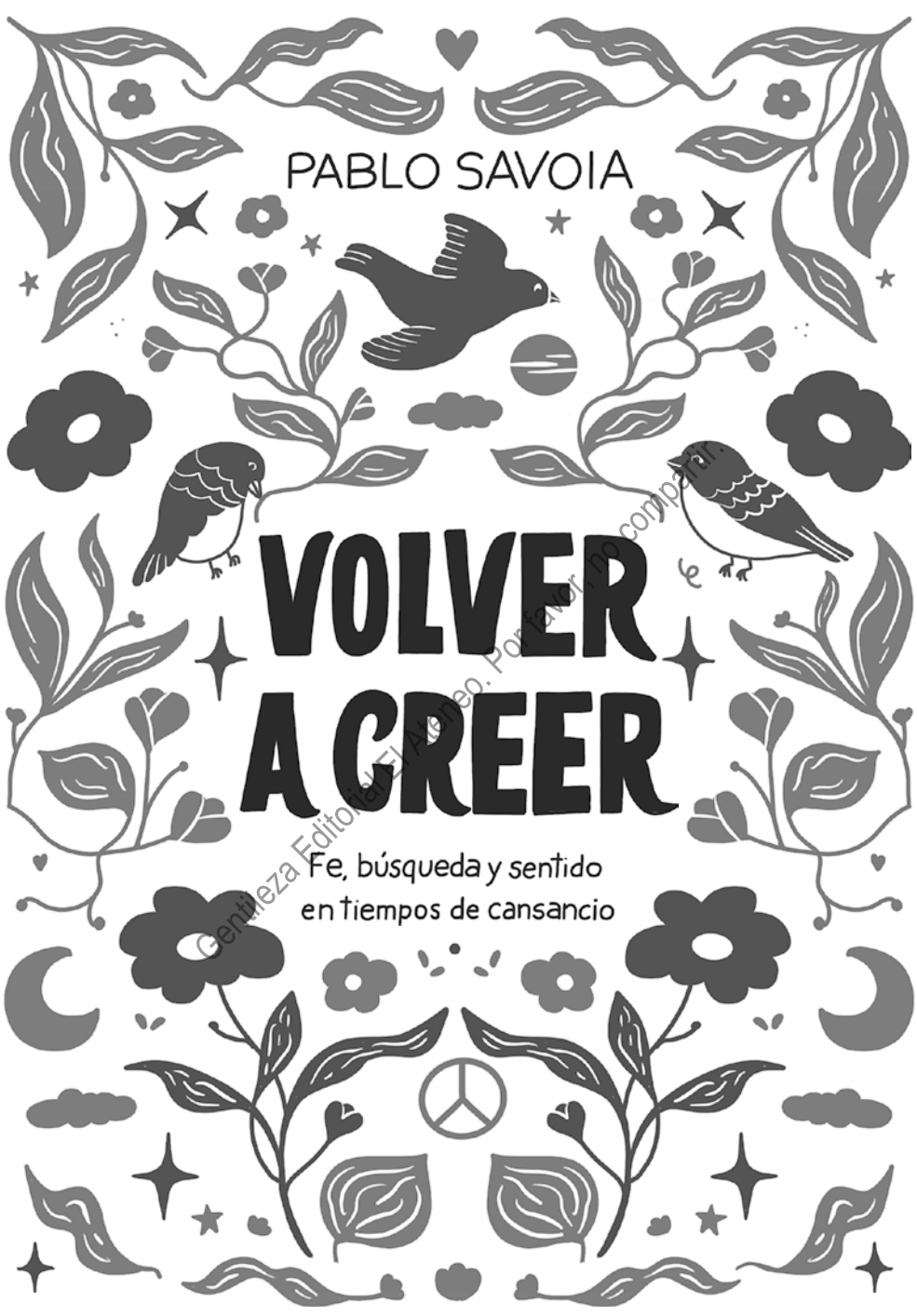
ISBN 978-950-02-1807-8

1. Religiones. 2. Ensayo. I. Título.

CDD 200

Los consejos dados por el autor en este libro son recomendaciones abiertas y generalizadas. De ningún modo reemplazan o pretenden reemplazar el asesoramiento o consejo profesional especializado y personalizado en la materia. Consulte con su profesional especializado y personalizado antes de poner en práctica cualquier sugerencia y/o consejo que se pueda indicar en el presente libro. Grupo Ilhsa S.A., sus socios, empleados y/o directivos no se responsabilizan por los resultados de los consejos, sugerencias o prácticas que puedan ser propuestas por el autor en el presente libro.

El editor se reserva todos los derechos sobre esta obra. En consecuencia, no puede reproducirse total o parcialmente por ningún método de reproducción existente o por existir incluyendo el gráfico, electrónico y/o mecánico (como ser el fotocopiado, el registro electromagnético y/o el almacenamiento de datos, entre otros), sin el expreso consentimiento de su editor, Grupo Ilhsa S.A. (Ley n° 11.723).



PABLO SAVOIA

VOLVER A CREER

Fe, búsqueda y sentido
en tiempos de cansancio

 Editorial El Ateneo

ÍNDICE

9 INTRODUCCIÓN

Cuando Dios vuelve, pero no como esperábamos

PARTE I. NOSTALGIA

21 CAPÍTULO 1

La muerte de Dios... y su regreso

23 Asuntos (no) separados

30 ¿Una Modernidad sin Dios?

32 La religión cristiana puesta bajo sospecha

39 El retorno de Dios en una nueva espiritualidad

43 CAPÍTULO 2

Los católicos que fuimos

47 Argentina, país católico

53 Síntomas de una ruptura

56 Un nuevo escenario

62 Breve síntesis

PARTE II. DESEO

67 CAPÍTULO 3

Nos quedamos sin referencias

70 Si todo vale, nada vale

76 La ley del más fuerte

79 El dolor de la soledad

84 Los grandes límites: la muerte y la culpa

88 Solo el amor es digno de fe

91 CAPÍTULO 4

La orfandad post-Francisco

93 El papa del fin del mundo

97 Palabras que explican los gestos

104 Un papa amado y odiado

108 La orfandad

PARTE III. FE

115 CAPÍTULO 5

Tu propia verdad ante Dios

- 117** El auge de las espiritualidades
- 120** Relatos y sentido
- 124** Mucho más allá
- 127** Un cristianismo sin espíritu
- 132** Recuperar un cristianismo creíble

141 CAPÍTULO 6

Volver al encuentro

- 144** Dios no es mi espejo espiritual
- 148** Una espiritualidad que se juega en el trato con los demás
- 151** Una fe que rompe la lógica del “nosotros contra ellos”
- 153** Una espiritualidad capaz de tocar la vida real
- 155** 14 pasos para volver a Dios

177 EPÍLOGO

Volver a mirar

185 BIBLIOGRAFÍA

189 AGRADECIMIENTOS

191 MARCAS MENCIONADAS

Gentileza Editorial El Ateneo. Por favor, no compartir.

Gentileza Editorial El Ateneo Por favor, no compartir.

A todos los buscadores de vida.

Gentileza Editorial El Ateneo. Por favor, no compartir.

INTRODUCCIÓN

CUANDO DIOS VUELVE, PERO NO COMO ESPERÁBAMOS

No sé exactamente cuándo empezó este libro.

Podría decir que empezó hace años, cuando entré al seminario. O cuando comencé a estudiar Teología y descubrí que la fe no era simplemente repetir fórmulas heredadas, sino animarse a pensar a Dios, la vida, la historia y el dolor con toda la inteligencia posible. También podría decir que empezó en 2021, cuando me volqué más decididamente a la evangelización digital y comencé a recibir mensajes de personas que, sin pisar una parroquia desde hacía años, se animaban a contarme sus heridas, sus preguntas, su enojo

con Dios, su distancia de la Iglesia o su deseo tímido de volver a creer.

Pero, si soy honesto, creo que este libro empezó mucho antes.

Creo que empezó en marzo de 1994. Primer año de la escuela secundaria en un colegio católico. No conocía a nadie, ya que venía de una escuela primaria laica, y ninguno de mis compañeros de toda la vida estaba allí. Sin saberlo, este libro se empezó a escribir en la primera clase de Catequesis que tuve en mi vida. La profesora nos tomó una evaluación escrita de diagnóstico. Eran veinte preguntas, diecinueve sobre conceptos básicos del cristianismo y una última pregunta personal. De las preguntas de contenido, respondí solo una, la que pude copiarme de mi compañero de banco. Vengo de una familia en la que no tuve formación religiosa ni participábamos de la misa, así que solo llegué a responder (con trampa) que la única persona que había nacido sin pecado original, además de Jesús, era la Virgen María. Me inquietaba el concepto de “pecado original”, pero confié en mi compañero de banco. La última pregunta era si estaba bautizado y confirmado, y si había tomado la primera comunión. Mi respuesta textual fue: “Creo que estoy bautizado. No estoy confirmado. No tomé la comunión”. A la semana siguiente de esa evaluación, la profesora nos llamó aparte a los que nos faltaba algún sacramento para invitarnos a ir a catequesis a la parroquia, fuera del horario escolar. Yo al principio me resistí, pero cuando supe que el resto de mis compañeros había

empezado, me dio vergüenza ser el único en resistirme, y fui a catequesis.

¿Habrá sido en ese momento, o un poco más adelante, el 18 de julio de 1994? El mismo día del atentado a la AMIA (Asociación Mutual Israelita Argentina), yo estaba viajando a mi primer campamento con los jóvenes de Acción Católica, grupo al que pertenecía mi catequista de la parroquia. Con ese campamento comenzó un poco más en serio mi camino en la fe.

Aprendí muchas cosas y conocí gente muy buena, pero siempre tuve una inquietud en el corazón: nunca me conformé con tener mi grupo de pertenencia, siempre quise llegar más allá. A más gente, de maneras distintas, corriendo riesgos, hablando otros lenguajes. Siempre me llevé bien con los “rebeldes”, los de los márgenes, los enojados, los que dudan. En todos veo una sed. Y, por lo mismo, me aburren los que tienen el discursito armado, llenos de certezas para ellos y condenas para los otros. Siempre busqué estar con el que quedó al “borde del camino”, aquel para quien la fe no es algo evidente, aquel que buscó apagar su sed mil veces y solo encontró decepción. Para mí, el Dios de Jesús es el gran tesoro que tengo para ofrecerles.

Este libro nace de esa inquietud.

No pretende ser un tratado académico, aunque dialoga con la historia, la filosofía, la teología, la sociología y la cultura contemporánea. Tampoco pretende ser un manual de autoayuda espiritual, aunque quisiera ayudar a vivir con más hondura. No es una defensa institucional de la

Iglesia, porque no me interesa maquillar heridas reales ni negar responsabilidades. Pero tampoco es un ajuste de cuentas con la fe cristiana, porque sigo convencido de que en el Evangelio de Jesús late una fuerza de vida que nuestra cultura necesita desesperadamente volver a escuchar.

Escribo como sacerdote, sí. Pero también escribo como alguien que tuvo que hacer su propio camino. Como alguien que no creció en una familia donde la fe fuera un tema cotidiano. Como alguien que se encontró con Dios de a poco, con preguntas, con fascinación, con crisis, con estudio, con comunidad, con oración y también con cansancio. Escribo como teólogo, pero no para hablarles solamente a especialistas. Escribo como cura, pero no para hablarles solamente a los que vienen a misa. Escribo, sobre todo, para personas que buscan.

Pienso especialmente en hombres y mujeres, jóvenes y adultos jóvenes. Personas que tal vez fueron bautizadas, hicieron la comunión, pasaron por un colegio católico, tuvieron una abuela que rezaba, participaron de un grupo juvenil o simplemente crecieron en una cultura donde “ser católico” era parte del paisaje. Personas que después se alejaron. Algunas sin conflicto, casi sin darse cuenta. Otras con enojo. Otras por heridas muy concretas. Otras porque dejaron de encontrarle sentido a prácticas que antes parecían obvias. Otras porque la Iglesia les resultó demasiado rígida, demasiado moralista, demasiado lejana, demasiado contradictoria. Otras porque la vida adulta les pasó

por encima: trabajo, pareja, hijos, separaciones, duelos, ansiedad, frustraciones, cuentas que pagar, cansancio acumulado, preguntas que nadie responde.

A esas personas no quisiera decirles: “Vuelvan”, como si todo fuera tan simple. Muchas veces esa palabra pesa. Puede sonar a retroceso, a jaula, a culpa, a volver a un lugar donde uno ya no puede respirar. Prefiero proponer otra cosa: volver a mirar.

Volver a mirar la propia historia. Volver a mirar la fe recibida. Volver a mirar a la Iglesia, sin idealizarla ni reducirla a sus peores versiones. Volver a mirar las búsquedas espirituales de este tiempo. Volver a mirar a Jesús. Volver a mirar a Dios, no como una idea infantil, no como un vigilante moral, no como una energía impersonal para sentirme mejor, sino como un verdadero Otro que puede encontrarse con mi vida concreta.



El camino del libro está organizado en tres grandes movimientos.

Primero, miramos la historia. No para hacer arqueología religiosa ni para probar que “antes era mejor”. De hecho, no creo que antes haya sido mejor y ya. En los primeros capítulos intento recorrer, de manera amplia y sintética a la vez, cómo el cristianismo pasó de ser un movimiento marginal, perseguido y contracultural, a convertirse en una

fuerza cultural inmensa que marcó Occidente. Después, cómo esa hegemonía fue entrando en crisis, y cómo la Iglesia pasó de estar en el centro de la vida social a convertirse en una voz entre muchas otras, en el mundo y en Argentina.

El segundo movimiento del libro mira la cultura actual. Y allí aparece una convicción que me atraviesa: nos quedamos sin referencias. No lo digo con nostalgia de orden ni con ganas de volver a una sociedad rígida, homogénea y controlada por la religión. No quiero eso. Soy un hombre de Tradición, pero entiendo la Tradición no como una repetición congelada del pasado, sino como una raíz viva capaz de proyectarse creativamente hacia el futuro. El problema no es que hayan caído ciertas seguridades antiguas. Algunas tenían que caer. El problema es que muchas veces no sabemos qué poner en su lugar.

En ese contexto, el cristianismo tiene una pregunta decisiva por delante: ¿cómo anunciar el Evangelio en una cultura herida sin caer ni en la rigidez fría de la ley ni en la disolución cómoda de la propia identidad? ¿Cómo decir una palabra verdadera sin convertirla en piedra? ¿Cómo ofrecer misericordia sin banalizar la vida? ¿Cómo hablar de Dios a personas que ya escucharon demasiados discursos religiosos, algunos muy malos, pero que todavía tienen sed?

El tercer movimiento del libro se mete de lleno en las búsquedas espirituales contemporáneas. ¿Qué pasa cuando la espiritualidad queda encerrada en mí misma/o? ¿Qué

pasa cuando Dios deja de ser Alguien y se convierte en un recurso emocional? ¿Puede ser la espiritualidad cristiana una propuesta posible hoy?

Este libro está escrito desde una historia concreta, desde una Iglesia concreta y desde una biografía concreta. No pretendo hablar desde ningún lugar neutro, porque ese lugar no existe. Escribo desde mi experiencia como sacerdote en el conurbano bonaerense, desde mi formación teológica, desde mis años de ministerio, desde las conversaciones con personas heridas y buscadoras, desde la evangelización digital, desde el amor a la Iglesia y también desde el dolor por sus miserias. Escribo desde la convicción de que el cristianismo todavía tiene algo profundamente necesario para ofrecer, pero solo será creíble si vuelve a parecerse a Jesús.

Tal vez este libro no sea para quien busca respuestas rápidas. Tampoco para quien quiere usar la fe como arma de discusión. Estas páginas son más bien para quien se anima a hacerse preguntas. Para quien sospecha que hay algo más. Para quien se fue, pero no terminó de irse. Para quien volvió, pero no sabe bien a dónde volvió. Para quien está enojado, pero sigue hablando con Dios en secreto. Para quien no cree, pero extraña alguna forma de esperanza.

No hace falta que estés de acuerdo con todo lo que vas a leer. De hecho, ojalá algunas cosas te incomoden. No por provocación barata, sino porque las preguntas verdaderas suelen incomodar. Te propongo leer estas páginas no como

quien recibe una bajada de línea, sino como quien acepta una conversación. Una conversación honesta sobre Dios, la Iglesia, la cultura, las heridas, el deseo, la culpa, la muerte, la esperanza, la comunidad y el amor.

Quizás al final no tengas todo resuelto. Mejor. A veces la fe empieza así.

- Con una pregunta.
- Con una grieta.
- Con una memoria.
- Con una herida que se anima a pedir sentido.
- Con un deseo que todavía no se apagó.
- Con la sospecha de que Dios no se murió del todo en nuestra cultura, ni en nuestra historia, ni en nuestra vida.
- Quizás Dios vuelve.
- Pero no como esperábamos.
- Quizás vuelve más humilde, más silencioso, más mezclado con lo humano.
- Quizás vuelve en las búsquedas de una generación cansada.
- Quizás vuelve en los que se fueron y ahora no saben cómo nombrar las ganas de regresar.
- Quizás vuelve en una Iglesia que, si quiere ser fiel al Evangelio, tendrá que aprender de nuevo a escuchar, acompañar, sanar y salir.

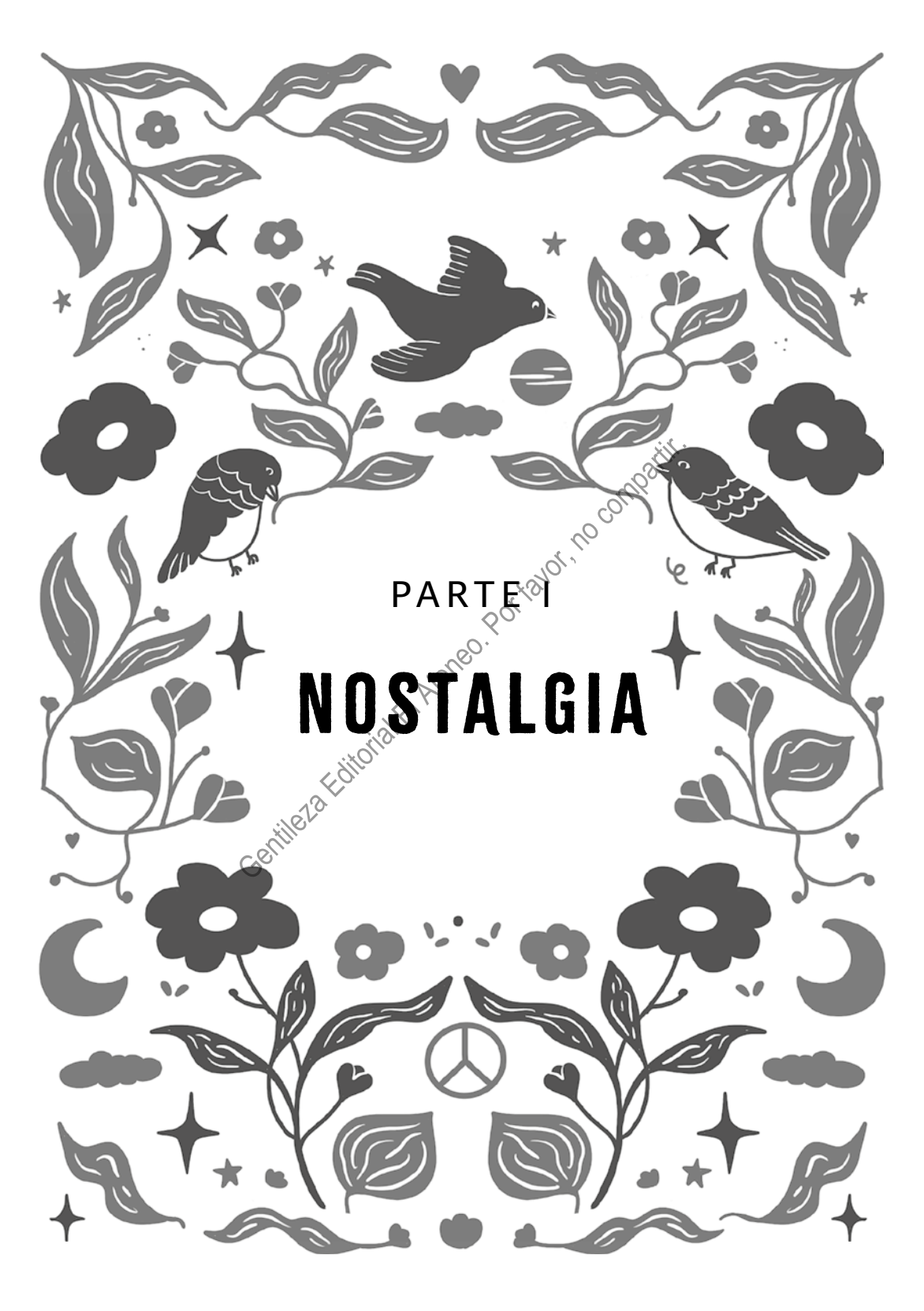
- Quizás vuelve en ti, mientras lees estas páginas y descubres que tu búsqueda no era una pérdida de tiempo.

Este libro empieza ahí.

En la posibilidad de volver a mirar.

Gentileza Editorial El Ateneo. Por favor, no compartir.

Gentileza Editorial El Ateneo. Por favor, no compartir.



PARTE I

NOSTALGIA

Gentileza Editorial Arqueo. Por favor, no compartir.

Gentileza Editorial El Ateneo. Por favor, no compartir.

CAPÍTULO 1

LA MUERTE DE DIOS... Y SU REGRESO

Vengo de una familia en la que la fe no era un tema habitual de conversación. No había hostilidad hacia la religión, pero no se hablaba de ella. Yo desde chico supe que estaba bautizado porque, en uno de esos días al año en los que nos dedicábamos a limpiar a fondo la casa, encontré fotos de un pequeño Pablo sostenido sobre la pila bautismal de la parroquia Santo Cristo de José Ingenieros (templo que conocí de grande, porque, siendo chico, cada vez que pasaba estaba cerrado..., lo que le daba un aire misterioso y solemne). La fecha la supe mucho después (9 de febrero de 1981), pero al menos crecí con una conciencia infantil de

ser “del bando de Dios”, aunque por el momento eso no me significara gran cosa.

Tampoco escuché hablar de Dios en mi grupo de amigos ni en la escuela. Hice la primaria en una escuela pública (la Escuela 7, Distrito Escolar 17, “Estado de Israel”; de chico incorporé que todos esos datos se decían juntos), así que allí tampoco tuve enseñanza religiosa ni catequesis. Uno de mis amigos me contó una vez que había tomado su Primera Comunión, pero en ese momento no me generó mayor curiosidad. Mi escuela estaba a la vuelta de la parroquia San Rafael Arcángel de Villa Devoto, pero tampoco jamás había entrado al templo, ni siquiera para conocer.

Si hago memoria, ubico mi primer recuerdo religioso a mis 6 o 7 años. Estábamos con mi mamá mirando la televisión un Viernes Santo. Pasaban imágenes del multitudinario Via Crucis que se hace en la Avenida de Mayo en Buenos Aires. Recuerdo que me impactó la cantidad de gente que se agolpaba para mirar el “espectáculo” de un actor llevando una cruz, rodeado de otros actores que representaban a otros personajes que yo no conocía. Todo ese despliegue debería tener algún motivo importante, por lo que le pregunté a mi mamá: “¿Qué es el Viernes Santo?”. Ella, sin levantar la vista del pantalón que estaba cosiendo, me dijo con una instintiva precisión teológica pero con poca pedagogía: “Es el día en el que se murió Dios”.

Sin ser consciente de ello, mi mamá había hecho una perfecta confesión de fe católica en Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre. También sin saberlo, había aplicado

a la perfección lo que la teología llama “comunicación de idiomas”: por la identidad de Jesús, los términos pueden intercambiarse y decir, por ejemplo, que Dios murió en la cruz. Pero también con esa sola frase, mi madre desestabilizó por un momento mi mundo infantil: ¿cómo que se murió Dios? Eso no podía ser una buena noticia bajo ningún punto de vista...

Todavía puedo recordar ese sentimiento de “desprotección” que me generó la idea de un Dios que dejaba de velar por este mundo porque se había muerto. En ese momento no pude resolver esa angustia, y tampoco atiné a cuestionar o a repreguntar algo a mi mamá. Me quedé rumiando lo que significaría que Dios había muerto. Tal vez por eso, años después, la buena noticia de la resurrección de Jesús se me presentó tan luminosa y tan esperanzadora. Tal vez, por eso también, estudiar las corrientes filosóficas y teológicas de la “muerte de Dios” se me hizo tan apasionante.

ASUNTOS (NO) SEPARADOS

En la escuela secundaria (al menos en la mía) nos enseñaron que una de las características de la transición de la llamada Edad Media a la Edad Moderna era el paso del “teocentrismo” al “antropocentrismo”. ¿Qué significaba eso? Era un modo de expresar que pasamos de una sociedad estructurada en torno a la idea de Dios y la teología, a una sociedad pensada

con el ser humano en el centro. Por eso, cuando hablamos de la “cristiandad medieval” nos estamos refiriendo a una configuración social en la que lo religioso y lo político estaban casi fusionados. No siempre esta fusión se vivió de manera pacífica, pero sin duda lo religioso daba forma a la sociedad desde la identidad y desde la primacía moral: ser ciudadano era ser cristiano, y esos cristianos seguían sin titubeos los mandatos morales de la Iglesia romana, que desde los púlpitos mantenía presente en la conciencia de los fieles la realidad del cielo y el infierno, y el castigo que merecían los pecados. Esta unión de lo civil y lo religioso hacía que, por ejemplo, no pagar una deuda no solo fuera ilegal, sino que también podía constituir un pecado grave.

Esta relación “simbiótica” entre cristianismo y sociedad comenzó en el siglo iv. Después de tres siglos de persecución, en el año 313 el emperador Constantino emitió el edicto de Milán, que puso fin a las persecuciones y aceptó el cristianismo como una religión más del Imperio. Poco después, en el año 325, tuvo lugar el primer concilio de la Iglesia cristiana en la ciudad de Nicea, y todo este proceso alcanzó un hito fundamental con el edicto de Tesalónica, en el año 380, mediante el cual el emperador Teodosio I proclamaba el cristianismo como la única religión oficial del Imperio.

Es decir que, en un corto plazo de años, la Iglesia cristiana pasó de ser perseguida y de vivir en las catacumbas, a ser distinguida con el título de “religión oficial”.

Este cambio de situación introdujo el fenómeno de conversiones masivas, motivadas más por el interés de no perder lugares de poder que por un deseo real de vivir la fe cristiana. De hecho, esta fue una de las causas que llevó a algunos cristianos a “retirarse al desierto” para vivir con radicalidad el Evangelio, lejos de una sociedad que se había “acostumbrado” a ser cristiana. Este movimiento de los primeros anacoretas o eremitas que se retiraban a vivir en soledad será el germen de lo que más tarde se conocerá como una forma de vida consagrada a la ascesis (disciplina para crecer en la vida espiritual) y a la oración pero en comunidad: los cenobitas, monjes y monjas que se concentran en monasterios, en Occidente sobre todo a partir de la figura de san Benito.

Pero volvamos a lo nuestro. A partir de este “lugar oficial” que la Iglesia cristiana logró en el siglo iv, se fue consolidando la conciencia (y la realidad) de que el cristianismo y la Iglesia estaban presentes en todos los ámbitos de la vida social.

Poco a poco se fue gestando el modelo de la cristiandad, que en la Edad Media llegaría a su punto más alto. En ese modelo, lo religioso y lo secular casi no tienen distinción, ser cristiano y ser ciudadano son prácticamente la misma cosa. Esto no significa que se disuelva el poder “temporal”: siguen existiendo reyes y príncipes, se mantienen las instituciones, etc. Pero el poder “espiritual”, que en el comienzo había sido un factor de unidad y de cohesión política, terminó imponiéndose como la regla que todo lo ordenaba.

Este modelo de cristiandad es lo que nos permite entender el hecho de que existieran las Cruzadas. Por si alguien no prestó atención en el colegio o anda medio distraído con la historia europea: las Cruzadas fueron expediciones militares organizadas en Europa entre los siglos xi y xiii con la finalidad de reconquistar Tierra Santa, principalmente Jerusalén, que estaba bajo el poder musulmán. Se suelen reconocer ocho grandes Cruzadas entre 1094 y 1270, algunas convocadas por el papa, otras por algún emperador o rey. La finalidad religiosa no era la única; también había intereses económicos, como el dominio de rutas comerciales o la búsqueda de tierras y bienes, e intereses políticos, como la expansión de los reinos europeos.

Todavía hoy muchas personas siguen invocando las Cruzadas como un motivo para no acercarse a la fe, ya que les parece inaceptable que la Iglesia hubiese llamado a la guerra y a la matanza de otras personas. Claramente, desde nuestra mirada del siglo xxi, es un hecho incomprensible y escandaloso (¡gracias a Dios!). No pretendemos desde acá justificarlo ni mucho menos. Pero contextualizar nos puede ayudar a entender el fenómeno para no caer en críticas anacrónicas (que a veces suenan más a excusas, pero ya volveremos sobre eso). Muchas veces, en el imaginario popular, las Cruzadas aparecen como declaraciones de guerra por el odio al otro. Se las suele asociar a intolerancia, violencia religiosa, fundamentalismo, etc. Es verdad, a nuestros ojos aparece así. Pero, por un ratito, pónganse a pensar lo que significaba para el hombre medieval. Suponiendo la buena voluntad de

los que participaban, y dejando de lado a los que iban por codicia, o los que iban obligados, las Cruzadas no podían separar lo político de lo religioso: recuperar Tierra Santa no era solo una cuestión de piedad, sino también la oportunidad de ponerle un freno al avance musulmán, que venía siendo una amenaza desde Siria y desde el sur de España.

Algo similar podemos decir acerca de la Inquisición, que tantas emociones negativas despierta hasta el día de hoy. Al hablar de Inquisición nos referimos a un fenómeno muy variado según el lugar, pero en su esencia nos referimos a los tribunales que instituyó la Iglesia entre los siglos XII y XV para perseguir a los “herejes” y mantener la unidad doctrinal en Europa. Hoy vemos como aberrante que se juzgue y se mate en nombre de la religión, aunque también hay mucha “leyenda negra” que exagera los hechos. Los historiadores todavía siguen estudiando este período. Pero no podemos comprender correctamente la Inquisición sin su idea de base: la herejía no era solo un problema religioso, sino que un cisma o división en la fe podía convertirse también en una fractura política y social. Perseguir a los herejes era una forma (que hoy con razón nos escandaliza) de mantener la cohesión de los imperios o reinos.

Estos dos ejemplos de las Cruzadas y de la Inquisición, polémicos hasta hoy, muestran la necesidad de mirar esta etapa de la historia de la Iglesia comprendiendo esa “fusión” entre la fe y la política que dio forma a la cristiandad. Aunque este modelo duró varios siglos, no estuvo exento de tensiones. Sobre todo al final de lo que conocemos como

Edad Media se pusieron de manifiesto algunas luchas de poder entre las llamadas “espada temporal” y “espada espiritual”. O dicho en criollo: ¿quién tiene la posta: el papa o los reyes?

Un gran síntoma de esta tensión que comenzaba a ser ruptura lo tenemos en la llamada “reforma gregoriana” del siglo xi. ¿De qué se trató esto? Te cuento: cuando asumió Gregorio VII el papado, la situación de la Iglesia era bastante caótica a nivel de costumbres. Por ejemplo, el poder imperial se entrometía en los asuntos internos de la Iglesia, varios sacerdotes vivían en concubinato, algunas personas compraban cargos eclesiásticos, etc. La reforma que emprendió el papa Gregorio abarcó varios temas disciplinares, pero el más recordado fue la famosa “controversia de las investiduras”. Con este nombre se conoce a la contienda entre el papado y los príncipes cristianos para determinar quiénes decidían los nombramientos de obispos. El poder político tenía la intención de seguir con la costumbre de nombrar obispos, ya que solían favorecer a sus familiares y amigos con las tierras y riquezas que venían con el cargo. Gregorio VII, defendiendo la libertad de la Iglesia ante el poder temporal, decidió que el nombramiento de obispos fuera una facultad exclusiva del papa. Esta y otras decisiones hicieron que la reforma gregoriana marcara un hito en la configuración de las relaciones entre el poder religioso y el poder temporal. Por un lado, reforzó el centralismo romano y la consolidación de la autoridad papal (que desembocaría en el siglo xix en dos afirmaciones dogmáticas sobre el obispo

de Roma: la infalibilidad y el primado de jurisdicción). Por otro lado, sienta las bases de una nueva forma de entender el vínculo entre lo espiritual y lo político, que va a decantar en el Concordato de Worms (año 1122): por este acuerdo se terminó el problema de las investiduras y estableció una cierta “separación” de las competencias de lo espiritual y lo político.

Tal vez pienses que con esto las relaciones entre la Iglesia y el poder político se tranquilizaron. Pues no. Al contrario, la cosa llegó a ponerse más tensa todavía. En 1296 el papa Bonifacio VIII entró en conflicto con el rey Felipe IV de Francia, quien, al verse en aprietos económicos para financiar sus campañas militares, ordenó que se les cobraran impuestos a los clérigos. Bonifacio se opuso, pero Felipe, lejos de ceder, bloqueó el envío de dinero de Francia a Roma. El conflicto fue escalando hasta que, en 1302, el papa escribió la bula *Unam Sanctam*. En este documento, afirmaba que el poder espiritual estaba por encima del poder temporal y que todos (incluidos los reyes) debían someterse al Romano Pontífice. Esto fue visto como una provocación por el rey, quien reaccionó haciéndolo capturar en Anagni en 1303. Bonifacio VIII murió pocas semanas después, y dejó a la institución del papado en una situación muy frágil.

Por estas y muchísimas otras situaciones que se fueron dando en la historia, es comprensible que con la llegada de las ideas “modernas” se suscitara un movimiento de rechazo a todo lo religioso y surgiera la necesidad de redefinir lo social desde otro paradigma.

¿UNA MODERNIDAD SIN DIOS?

Puede ser un problema la periodización de la historia porque a veces queda la sensación de que toda la humanidad un día pensaba una cosa y al día siguiente pensaba totalmente otra. En general, lo que existen son los procesos. Pero marcamos algunos hitos como para entendernos. Algunos ponen como inicio de la Modernidad la caída de Constantinopla en 1453, otros prefieren marcar la llegada de Colón al continente americano en 1492. Hay un poco más de consenso en marcar como fin de la Edad Moderna la Revolución francesa de 1789. Lo cierto es que fue un período de la historia en Occidente en el que se dieron profundos cambios sociales, económicos y culturales que también afectaron a la religión.

Considero que hay dos núcleos centrales para lo que nos interesa a nosotros. La primera transformación tiene que ver con la aparición de los Estados modernos, que supusieron el fin del sistema feudal y su organización. Esto trajo muchas consecuencias políticas y económicas, pero lo más relevante para nuestro tema es que comienza a desarticularse el concepto de cristiandad. Los Estados modernos no se estructuran a partir de una unidad religiosa, sino que comienza a gestarse una idea de autonomía a partir de la confianza en la razón y los nuevos paradigmas científicos. Todavía no es el secularismo de la edad contemporánea, pero ya empiezan a generarse tensiones entre jurisdicciones civiles y eclesiásticas, diferencias en el nombramiento de obispos y la negativa constante de Roma a permitir la creación de “iglesias

nacionales” (movimiento conocido como “galicanismo” por originarse en Francia, la antigua Galia romana).

El otro núcleo importante de la Modernidad es, sin duda, la Reforma Protestante. El movimiento iniciado por Martín Lutero y continuado por otros reformadores significó un cambio radical en la concepción de la religión. Se rompe la unidad religiosa de Europa y la Iglesia católica romana pierde su liderazgo hegemónico. Al mismo tiempo, como respuesta a la Reforma, el catolicismo emprendió un camino de renovación interna, representado en el Concilio de Trento, abordando temas doctrinales y disciplinarios. Al mismo tiempo, expandió su obra misionera hacia lugares remotos, como China, India y Japón.

Aunque la Iglesia continuaba siendo influyente en muchos ámbitos de la vida social, como la educación, el arte y la moral familiar, la Modernidad significó un cambio radical con respecto al Medioevo. A tal punto que luego de la Revolución francesa, parecía que Dios desaparecería de la vida social de Occidente, o al menos, quedaría encerrado en la esfera privada de las personas, como la oración personal a Dios o la participación en misa, pero sin manifestaciones públicas ni intentos de influir en las instituciones sociales. El paradigma científico y técnico pareció ir reemplazando la idea de Dios como “columna vertebral” de la sociedad. La religión parecía, por fin, derrotada.

LA RELIGIÓN CRISTIANA PUESTA BAJO SOSPECHA

El siglo XIX fue el escenario de los llamados “maestros de la sospecha”. Estos grandes autores cuestionaron la validez de la experiencia religiosa cristiana, en un mundo que parecía alejarse cada vez más de la cosmovisión impuesta desde la fe.

Personalmente, creo que estos autores son muy sagaces en sus planteos, y más que verlos como “enemigos” a los que hay que responder, quiero presentarlos como pensadores a los que conviene escuchar para discernir nuestra propia experiencia. Cada uno de ellos ve algo en la forma de vivir el cristianismo en su tiempo, y esa observación nos tiene que hacer pensar. Me pasa lo mismo con los “herejes” de los primeros siglos del cristianismo: mientras muchos los demonizan como traidores a la fe o como gente de mala intención que solo quería confundir, yo los veo como personas que se animaron a pensar y, si tomaron un camino errado, igual nos ayudaron a clarificar también lo que creíamos. Algo parecido pienso de estos “maestros de la sospecha”: sus críticas no son para que nos pongamos a la defensiva, sino para discernir qué parte de verdad están viendo y si nos ayudan a purificar nuestra experiencia creyente.

No es la intención aquí presentar todo el pensamiento de cada autor, sino mostrar puntualmente la crítica que hacen a la religión cristiana, haciendo alguna referencia a alguna de sus obras.

El primero de estos autores es Ludwig Feuerbach (1804-1872). En su obra *La esencia del cristianismo* (1841) afirma:

Dios es el espejo del hombre. (...) Lo que el hombre no es realmente, pero desea serlo, lo erige en su Dios. (...) Para enriquecer a Dios, el hombre debe empobrecerse; para que Dios sea todo, el hombre debe ser nada (...) el hombre afirma en Dios lo que niega en sí mismo.

Para Feuerbach, la teología se resuelve en la antropología. Lo que llamamos “Dios” no es más que un espejo del ser humano, de sus anhelos y deseos irrealizables. Por ejemplo, el deseo de inmortalidad que muchos seres humanos tenemos se inscribe en el deseo de una vida plena, una felicidad que no termine, un camino sin sufrimientos ni limitaciones. Como en la vida concreta de las personas todo eso es imposible, proyectamos en la idea de un Dios eterno todas esas cualidades de plenitud, vida sin fin, existencia fuera del tiempo. Por eso, para Feuerbach, el hombre vive enajenado, alienado detrás de una idea proyectada por él mismo en lo que llama “Dios”. Por eso, en el fragmento que citamos dice que “el hombre debe empobrecerse”: todos los atributos que le doy a Dios, se los estoy sacando al ser humano. Para que ese “Dios” sea grande, el hombre debe hacerse cada vez más pequeño. Proyección de deseos no cumplidos, enajenación detrás de una idea: ahí tenemos el corazón de la crítica de Feuerbach.

La segunda crítica la tomamos de un autor tal vez más conocido: Karl Marx (1818-1883). Marx continúa el pensamiento de Feuerbach al considerar que Dios es una proyección del hombre, pero aquí con una finalidad bien precisa: la religión es funcional a un sistema en el que las clases trabajadoras deben vivir resignadas y aceptando su situación sin rebelarse ni quejarse. De allí la famosa frase de Marx: “La religión es el gemido de la criatura oprimida, el alma de un mundo desalmado; el espíritu de las situaciones sin espíritu. Es el opio del pueblo”. El proletariado, las clases trabajadoras, los oprimidos reciben de la religión cristiana un mensaje de resignación que consiste en soportar con paciencia todas las injusticias que se cometen contra ellos para poder alcanzar la verdadera felicidad, que solo se dará en la vida eterna. En ese sentido, según Marx, la religión “anestesia” las conciencias de los más pobres, legitimando una situación de opresión e injusticia.

Una tercera crítica la tomamos de Friedrich Nietzsche (1844-1900). Autor complejo, apasionante, visionario, casi imposible de sintetizar sin cometer una injusticia. Su crítica a la religión cristiana podría abordarse desde distintos lugares. Elijo este fragmento de *La gaya ciencia*:

¿No habéis oído hablar de ese loco que encendió un farol en pleno día y corrió al mercado gritando sin cesar: “¿Busco a Dios!, ¿Busco a Dios!”? Como precisamente estaban allí reunidos muchos que no creían en Dios,

sus gritos provocaron enormes risotadas. ¿Es que se te ha perdido?, decía uno. ¿Se ha perdido como un niño pequeño?, decía otro. ¿O se ha escondido? ¿Tiene miedo de nosotros? ¿Se habrá embarcado? ¿Habrá emigrado? —así gritaban y reían alborozadamente. El loco saltó en medio de ellos y los traspasó con su mirada. “¿Qué a dónde se ha ido Dios? —exclamó—, os lo voy a decir. Lo hemos matado: ¡vosotros y yo! Todos somos sus asesinos”.

La repetida frase de Nietzsche “Dios ha muerto” ha sido también muchas veces malinterpretada. Porque no es una simple declaración de ateísmo sino que constituye una mirada más honda: el Dios que muere es el Dios que estructuraba la vida de las personas, el Dios que todo lo veía, el Dios que les daba sentido y orientación a la vida y a la historia. Ese Dios es el Dios moral, el que garantiza desde fuera una ley que regula el comportamiento humano. Para Nietzsche, este Dios debe morir, porque el hombre no será realmente libre hasta que no pueda vivir según sus pasiones. Él ve a los cristianos como pusilánimes, cobardes que se refugian en el orden de una ley exterior a ellos (en este caso, Dios) para no vivir según el desenfreno y el caos de sus pasiones. En la mente de Nietzsche, Dios y los cristianos son enemigos de la vida, promueven una “inversión de los valores”, en la que se coloca la humildad y la compasión por encima de la fuerza y la autoafirmación. Según Nietzsche, solo superando esta “moral de esclavos” propuesta por la

religión, se podrá alcanzar el estado del “superhombre” creador de sus propios valores.

Otro que hace una crítica compleja a la experiencia religiosa es Sigmund Freud (1856-1939), conocido como el “padre del psicoanálisis”. Tomo como punto de partida el siguiente fragmento de *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci*:

El psicoanálisis nos ha descubierto una íntima conexión entre el complejo del padre y la creencia en Dios y nos ha mostrado que el Dios personal no es, psicológicamente, sino un padre magnificado, revelándonos innumerables casos de sujetos que pierden la fe religiosa en cuanto cae por tierra para ellos la autoridad paterna. En el complejo parental reconocemos pues la raíz de la necesidad religiosa. El Dios omnipotente y justo y la bondadosa naturaleza se nos muestran como magnas sublimaciones del padre y de la madre, o mejor aún, como renovaciones o reproducciones de las tempranas representaciones infantiles de ambos. (...) La religiosidad se refiere biológicamente a la impotencia y a la protección del niño durante largos años. Cuando el niño reconoce su abandono y su debilidad ante los grandes poderes de la vida, se siente en una situación análoga a la de su infancia y trata de consolarse por medio de la renovación regresiva de los poderes protectores infantiles.

Para Freud, la idea de Dios es la imagen de un padre magnificado. Cuando somos chicos, confiamos en la protección de papá (o de quien haga sus veces) ante lo que experimentamos como peligroso o amenazante en nuestra vida. En nuestra niñez, el adulto protector tiene características casi todopoderosas. Dice Freud que, cuando ya somos adultos, frente a lo que sentimos como peligroso o angustiante en la existencia, brota el deseo de volver a esa sensación de seguridad y protección, pero ahora proyectada en lo que llamamos “Dios”. Según esta forma de ver las cosas, la religión es una especie de “neurosis colectiva” que, por medio de rituales y ceremonias, busca mitigar la angustia existencial. Podríamos decir que, para muchos creyentes, la experiencia religiosa se presenta como una especie de “útero” en el que me siento seguro frente a todos los peligros y angustias de la vida.

Más arriba decía que estas críticas pueden ayudarnos a discernir nuestra experiencia espiritual. ¿Qué elemento veo en común entre estos cuatro autores? A primera vista las coincidencias parecen pocas. Feuerbach nos habló de la proyección en Dios de todos los deseos incumplidos. Marx pensaba que la religión era funcional a la explotación de los trabajadores y proponía la resignación y el sometimiento. Nietzsche propuso la muerte del Dios moral que controlaba las conciencias para ser realmente libres. Freud puso de manifiesto la relación entre la idea de Dios y la idea de un padre magnificado que puede protegernos infantilmente de todo lo que consideramos peligroso y angustiante.

Cada autor parece recorrer una senda distinta, pero me gusta pensar que hay una coincidencia. Evidentemente, todas las críticas parten de alguna observación de la realidad, no son un mero invento de escritorio. Algo pasa en la realidad que motiva la observación.

Veo que cada crítica pone de manifiesto una forma de manipulación de Dios. Aunque cada autor observa aspectos distintos de la realidad, todos coinciden en denunciar la utilización de Dios para algún otro fin, ya sea calmar la ansiedad, lograr control social o domesticar a las masas trabajadoras. En cada caso, Dios sirve a otro propósito, creer en Dios me da otro beneficio. A eso me refiero con “utilización” de Dios. Y en este sentido, veo una gran posibilidad de discernimiento de nuestra experiencia.

Lo que le da autenticidad a nuestra experiencia espiritual es que creer en Dios no nos sirve para otra cosa, no repercute en algún otro tipo de beneficio para nosotros. Dicho bruta-mente: Dios no me tiene que servir para nada. Si creo en Dios porque me ayuda a bajar el nivel de ansiedad, no tengo fe, sino que prefiero tener una experiencia religiosa antes que hacer un tratamiento médico. Si creo en Dios porque pienso que es la única forma de dar orden a esta sociedad caótica, no estoy enamorado de Dios sino del orden. Dios no me tiene que servir para nada. Dios nunca es medio, siempre es fin. La relación con Dios no puede basarse en la necesidad, sino en la más absoluta libertad. A veces digo que, para ser un verdadero creyente, uno debe tener todas las cualidades de un ateo: no necesito de Dios para vivir y, sin embargo,

nos elegimos. Si lo que rige mi relación con Dios es la necesidad (de sentirme protegido, de tener reglas de conducta, de no angustiarme, etc.) se eclipsa la libertad y terminamos utilizando a Dios para nuestros intereses.

Sin duda, estas críticas a la experiencia cristiana de Dios que hoy nos hacen pensar y discernir nuestro propio camino creyente en su momento significaron un gran desafío para la fe. Pero ¿cómo llegamos al siglo xx? ¿La religión desaparecería de una vez por todas?

EL RETORNO DE DIOS EN UNA NUEVA ESPIRITUALIDAD

La desgarradora experiencia de las dos guerras mundiales dejó a la humanidad sumida en una crisis económica, social y, sobre todo, de sentido. La ciencia y la técnica, que se habían erigido como nuevos paradigmas de la sociedad y prometían un desarrollo sostenible e infinito mostraron su gran límite. La misma ciencia que debía curarnos y mejorarnos la vida fue utilizada para crear armas y matarnos entre nosotros. La humanidad descubrió con dolor que el progreso técnico no traía aparejado en sí mismo un progreso moral o espiritual. La pregunta por el sentido volvió a imponerse con fuerza.

En este punto, el cristianismo no parecía un lugar en el que valiera la pena buscar respuestas. Por un lado, el Magisterio católico parecía más preocupado por defenderse de los peligros que veía en esta cultura occidental que

se apartaba de la Iglesia. En la primera mitad del siglo xx, el gran “enemigo” al que había que combatir era el modernismo, entendido como una corriente que pretendía reinterpretar o entender las verdades de fe desde la filosofía y las ciencias modernas. Esto se consideraba peligroso porque se entendía que era una forma de relativizar la fe y los dogmas. El papa Pío X llegó a llamar al modernismo “la síntesis de todas las herejías”. Existía una especie de obsesión; se persiguió y silenció a personas que luego serían grandes teólogos, como el dominico francés Yves Congar.

Por otro lado, la teología (más desde la vertiente protestante) veía crecer una corriente que se llamó “teología de la muerte de Dios”, con autores como Thomas Altizer, William Hamilton o Paul van Buren. Sostenían que Dios y el lenguaje religioso tradicional ya no eran relevantes ni significativos para la cultura moderna. Por último, todas las corrientes de renovación dentro del catolicismo ponían en crisis a una estructura religiosa tradicional que seguía perdiendo su influencia en la sociedad. Por ejemplo, el movimiento bíblico, con su incorporación de nuevos métodos de hermenéutica de los textos sagrados. También existía el movimiento ecuménico, que planteaba el diálogo con las otras iglesias cristianas a una Iglesia Católica que se auto-percibía depositaria de la Verdad absoluta y, por ende, no necesitaba sentarse a una mesa con nadie. Podemos mencionar además al movimiento litúrgico, surgido en ámbitos monásticos, que buscaba y experimentaba una renovación de la forma de celebrar la misa. Y tantos otros movimientos

de renovación que confluirán en el Concilio Vaticano II (1962-1965), del que hablaremos luego.

Pero lejos de cumplirse todas las “profecías” sobre la “muerte de Dios” y su desaparición definitiva de la vida social, el final del siglo xx nos encontró en otro escenario. Hubo un evidente proceso de distinción y separación entre las religiones y lo que se considera “espiritualidad”. Dios no solo no se fue, sino que está de vuelta con más fuerza. Y no me refiero solo a las espiritualidades que crecieron al margen de las grandes instituciones, sino que también volvieron a adquirir protagonismo las religiones como organización de la experiencia espiritual. Vuelven a aparecer temas religiosos en grandes conflictos bélicos internacionales, existen iglesias profundamente comprometidas con ciertos sectores políticos de algunos países, millones de personas en todo el mundo siguen identificándose con los postulados de alguna religión.

Siglo xxi. Dios volvió y volvió para quedarse. Pero lo más probable es que ese retorno siga siendo un poco desconcertante, porque las espiritualidades y las religiones se encuentran en un tiempo de poderosa transformación. Dios está de vuelta, pero de maneras que no nos esperábamos. Y mientras tanto, la humanidad sigue gritando. Volvemos a mirar a Dios como posibilidad de plenitud y de sentido. Esta cultura cansada empieza a mostrar sus grietas, y en esas grietas brilla la presencia de un Dios que nunca se ha ido del todo.